

# ***TRAICIÓN***

**ORSON SCOTT CARD**



El hierro se ha convertido en el centro alrededor del que giran todos los pueblos del planeta Traición, pues es la única esperanza de poder escapar construyendo una nave espacial. El hilo conductor de la novela, Lanik Mueller, perteneciente a una familia que trafica con miembros humanos que pueden hacer regenerar a voluntad, emprende un viaje iniciático por todo el planeta que le llevará a conocer a todas las familias que lo habitan: los Nkumai, descendientes de un físico; los Schwartz, de un geólogo; los Allison, de un teólogo... y a concebir un ambicioso plan para aunar esfuerzos y poner fin así a su cautiverio.

El tiempo, la materia, la reproducción y la mente son los verdaderos protagonistas de una novela que fusiona de un modo excepcional aventuras fascinantes e investigación metafísica.

En 1979, Orson Scott Card recibía el premio J.W. Campbell al mejor autor joven de la ciencia ficción estadounidense por *Un planeta llamado Traición*, que casi una década más tarde reescribiría y publicaría con el título *Traición*. Hoy en día un clásico que marcó una época y que, en opinión de muchos aficionados al género, fue un hito en su carrera. En palabras del propio autor: La historia la he dejado casi intacta. Solo he cambiado la forma de presentarla (el tono, el ritmo, la claridad). (...) con pequeñas correcciones casi en cada página.

Para  
mi hermano Bill, que me prestó *Catseye*,  
Mary Jo, que me indujo a leer *Body Electric*, de Bradbury;  
Laura Dene, que me puso en las manos *Fundación*, de Asimov;  
Dale y María, que me hicieron leer las *Crónicas de Narnia*;  
y los bibliotecarios de Santa Clara (California)  
y Mesa (Arizona), que me permitieron localizar  
«*Llámame Joe*», de Poul Anderson,  
y «*Tunesmith*», de Lloyd Biggle,  
*Galactic Derelict*, de Andre Norton,  
y *Tunnel in the Sky*, de Robert Heinlein.  
Me hicisteis soñar.  
Espero no despertar.

## Nota Del Autor

*Un planeta llamado Traición* fue mi segunda novela publicada, y en los años transcurridos he aprendido un poco más de cómo puede y debe contarse una historia. La de Lanik Mueller es una historia en la que aún creo y, en esta nueva edición, he dejado la historia en sí intacta. Sólo he cambiado la forma de presentarla (el tono, el ritmo, la claridad). El resultado es el diez por ciento del libro de material nuevo, con pequeñas correcciones casi en cada página. Esta revisión no es un intento de contar la historia de Lanik Mueller como si la hubiera escrito por vez primera en 1988 (esa novela, que, debido a la presión del tiempo, nunca se escribirá, sería un cincuenta por ciento más larga que ésta, con mucho más tiempo empleado en desarrollar otros personajes y relaciones). Esta edición conserva en cambio la sencillez del original, la historia del descubrimiento de un joven y la transformación de su mundo y de sí mismo.

Doy las gracias a mi madre Peggy Cara, que copió la novela de la edición de bolsillo de Dell, permitiéndome así hacer el trabajo de revisión sobre el material en disco de WordPerfect; a mi esposa, Kristine, que leyó el primer borrador de la nueva edición cuando salió de la impresora, ayudándome a darle claridad y coherencia mejor de lo que habría podido hacerlo solo; y a mi hermana Janice Card, por su excelente trabajo en el mapa revisado y aclarado del continente habitado de Traición.

## Mueller

Yo fui el último en saber lo que me estaba ocurriendo. O al menos fui el último en reconocer que lo sabía.

Saranna se dio cuenta cuando me acarició el pecho y en vez de remontar suavemente los pectorales duros y magros por las horas de espada, jabalina y arco, palpó una piel más blanda. Recordó que había sentido lo mismo al tocar su cuerpo no hacía muchos años y, como era una verdadera hija de Mueller, con ojos de lince y una mentalidad inflexible, lo supo inmediatamente, supo toda mi historia futura, comprendió todo lo que ya era imposible entre nosotros. No obstante, como era una verdadera hija de Mueller, no dijo nada, ni se afligió; sencillamente, desde aquel momento hasta que me marché de Mueller, no volvió a acariciarme, al menos no como antes, no con la promesa de décadas de pasión futura. Ella lo sabía, pero yo todavía no.

También Dinte se había dado cuenta. Vigilándome como lo hace siempre, el segundo hijo que espera que me ocurra algún accidente para poder impedir que la ayuda llegue a tiempo; buscando algún signo de cretinismo congénito para ser nombrado regente tras la muerte de padre; observando cualquier defecto o flaqueza en mi combate y en mi pensamiento para poder conseguir alguna ventaja cuando (no si) me traicione... Vigilándome con ese anhelo especial, tuvo que advertir que la camisa se movía de una forma distinta sobre mi pecho. De todas las formas que podían incapacitarme para ocupar el trono de mi padre, ésta tenía que ser la que le gustara más. Siendo un pobre pretexto para un hijo de Mueller, se volvió inmediatamente en-

greído, sin nombrar mi desgracia pero tratándome con esa arrogancia que hasta los cobardes tienen la elegancia de demostrar sólo ante el cadáver de su enemigo. Él lo sabía, pero yo todavía no.

Padre no se había dado cuenta. Tenía siempre demasiado trabajo que hacer para los Mueller; no disponía de tiempo para vigilarme personalmente, pero hacía que me observaran todos mis tutores y la mitad de mis amigos; sobre todo durante el período especial de la pubertad, en que el peligro es mayor.

Aquéllos por cuyas venas corre pura la sangre de la familia Mueller, tenemos un gran don físico: nuestro organismo sana tan rápidamente que las cicatrices se forman antes de coagularse la sangre, y nos crece de nuevo cualquier parte perdida. Esto hace que sea muy difícil matarnos.

Nuestros enemigos dicen que no sentimos dolor, pero no es cierto. A ellos les parece eso porque en la batalla encajamos bien los golpes peligrosos que cualquier otro hombre tendría que esquivar para salvar la vida y podemos arrancar el alma a un enemigo que nos haya hundido la espada en el cuerpo y largarnos acto seguido a atacar a otro, con la herida curándonos ya.

Pero sí que sentimos dolor, como cualquiera. Nuestras mujeres se desmayan en el parto, cuando la carne se les desgarra. Y si nos ponéis la mano en el fuego, sentimos mentalmente un tormento tan intenso como cualquier otro hombre. Sentimos dolor; lo que no sentimos es miedo. Mejor dicho, hemos aprendido a separar dolor y miedo.

Para los demás el dolor significa que su vida está en peligro; para protegerse han de tener el reflejo de evitar el dolor por cualquier medio posible. En cambio para nosotros el dolor en sí no supone un gran peligro.

La muerte sólo nos sobreviene de formas ajenas al dolor: el derrumbe de la senilidad, el duro aliento frío del ahogo, la pérdida de todo sentimiento cuando el tronco se separa de la cabeza. Los simples cortes, quemaduras, puñala-

das o fracturas óseas sólo suponen cierta pérdida de vigor mientras el organismo se recupera rápidamente; suponen también que nos alimentarán con filete rojo poco hecho en vez de con rábanos al terminar la batalla.

Y lo que más temen los demás, el desmembramiento, perder los dedos, las manos o los pies, las orejas, la nariz, los ojos o los genitales... nosotros de eso nos reímos.

¿Por qué es eso precisamente lo que más temen los otros pueblos? Porque han llegado a considerar su forma actual su verdadera identidad y si la pierden perderán su identidad, se convertirán en monstruos incluso para sí mismos.

Pero nosotros los Mueller aprendimos hace mucho que nuestra forma actual no es en absoluto nuestra identidad. Podemos tener distintas formas y seguir siendo los mismos de siempre. Es una lección que aprendemos durante la locura de la adolescencia. A los doce o los catorce años, sufrimos también el extraño desorden de las sustancias químicas que hace que a otros les crezca vello en lugares extraños y los convierte en máquinas que pueden hacer copias de sí mismos; en nuestro caso, no obstante, como tenemos un organismo tan vigoroso, también es más fuerte la adolescencia. Nos alimentamos para regenerar las partes rotas o perdidas; durante la demencia de la pubertad, nuestro cuerpo olvida su forma característica e intenta desarrollar partes que ya tiene. Cualquier joven, hombre o mujer, ha agitado un tercer brazo burlonamente a los amigos, bailado algún paso complicado ideado para utilizar una o dos piernas de más, guiñado un ojo superfluo, gesticulado con tres hileras de dientes arriba y cuatro abajo. Yo tuve cuatro brazos una vez, una nariz de más y dos corazones, hasta que el cirujano me colocó bajo su escalpelo para eliminar todo lo sobrante. Nuestra identidad no es nuestra forma. Podemos tener cualquier forma y seguir siendo quienes somos. No nos da miedo perder las extremidades. Podemos destruir o distorsionar nuestra identidad mediante la sustitución.

Tememos otras cosas.

Mi padre me había hecho observar durante toda la adolescencia. Incluso a los quince años, cuando mi cuerpo era sólo un decímetro o dos más bajo que el de un adulto y mi desarrollo sexual debía haberse completado (lo suficiente para que Saranna llevara mi hijo ya en su interior), incluso entonces, podía sentir los ojos de todos fijos en mí del alba al crepúsculo, midiéndome cuerpo y alma, para poder informar a mi padre en los momentos en que tenía tiempo de pensar en mí. Era imposible que hubieran pasado por alto lo que me estaba ocurriendo; mi padre tuvo que enterarse antes que Dinte, incluso antes que Saranna. Todos ellos lo sabían.

Pero yo no.

Oh, claro que lo sabía. Lo sabía hasta el punto de dejar de usar ropa ajustada y utilizar sólo prendas holgadas. Lo sabía hasta el punto de buscar excusas para no ir a nadar con mis amigos, para no contestar a Dinte por ser incluso más engreído que antes, como si no me atreviera a provocarle a decir en lo que me había convertido. Lo sabía hasta el punto de no preguntarme por qué no me acariciaba Saranna, lo sabía aquel último mes hasta el punto de no llevarla a mi cama. Y pese a ello nunca hablé de lo que había sido de mí, ni siquiera me lo confesé a mí mismo.

—Hoy —dijo Homarnoch.

—No tengo tiempo —le dije, con esa malicia arrogante que emplean los hijos de los príncipes para recordar a los demás la autoridad que aún no tienen.

—El Mueller lo ha ordenado.

Y eso fue todo. Se acabaron los engaños; tuve que reconocer de inmediato todas las mentiras que creía. Aun así, le di largas, le dije que estaba sucio y tenía que lavarme, lo cual era bastante cierto; pero conseguí bañarme sin mirar una sola vez el espejo plateado para verme. Habían sido retirados o cubiertos con paños todos los espejos para no tener que verme nunca en mi habitación. Esto era sólo un sig-



no más de que sabía sin saber... Hasta aquel mes había sido tan vanidoso como cualquier muchacho y me había rodeado de espejos.

Pero era imposible eludir el espejo de la sala quirúrgica estéril de Homarnoch, su local de afiladas cuchillas de acero y camillas ensangrentadas, donde se cortaban las flechas armadas de lengüeta de la carne de los soldados y se extirpaban las llamativas partes inútiles de los cuerpos adolescentes.

Me colocó ante el espejo, situándose él detrás, y me asió los senos, que eran muy voluptuosos ya. Me vi forzado por primera vez a mirar una carne que no podía ser mía. Fui por primera vez consciente de la presión del contacto de otra persona. Sin embargo, no creo que fuera la brusca caricia quirúrgica de Homarnoch lo que me excitó. Aquel roce me resultó mucho más extraño que sexual. Creo que fue la visión de las manos de otro asiendo aquellos senos que debían pertenecer a otra persona. Creo que fue voyerismo. Todavía no creía lo que me estaba ocurriendo.

—¿Por qué no viniste a verme de inmediato? —preguntó Homarnoch. Parecía casi ofendido.

—¿Para qué? Me han crecido todo tipo de partes orgánicas antes.

Movió la cabeza.

—Tú no eres tonto, Lanik Mueller.

Sentí un temor enfermizo al oír mi nombre. Más tarde comprendí que era el nombre Mueller lo que me causaba miedo... no porque fuera mi nombre, sino porque muy pronto no lo sería.

—Ocurre incluso en la familia Mueller, Lanik. Cada pocas generaciones. Nadie es inmune.

—Es sólo la pubertad —dije, deseando que me creyera. Su expresión me pareció triste y no carente de afecto.

—Ojalá tengas razón —dijo, aunque por supuesto no lo esperaba—. Ojalá cuando te examine descubramos que estás en lo cierto.

—No es necesario que...

—Vamos, Lanik —dijo—. El Mueller me ha pedido que le dé mi respuesta en una hora.

Yo cumplía las órdenes de mi padre. Me tendí en la mesa y me dispuse a relajarme mientras el bisturí me mordía el abdomen. Había sentido más dolor antes (el rasgar discordante de las espadas de madera de entrenamiento, por ejemplo, o cuando una flecha me entró por la sien y salió por el ojo), pero no se trataba del dolor. O no sólo del dolor. Porque por vez primera desde mi más tierna infancia, dolor y miedo ardían juntos en mi interior y sentía lo que sienten los hombres corrientes y que tanto les acobarda en el campo de batalla, lo que los convierte en forraje para la espada hambrienta de un Mueller.

Cuando acabó me cubrió la herida con esparadrapo. Sentía ya el vértigo y el hormigueo que me indicaban que el proceso de curación se había iniciado (eran cortes limpios y se curarían todos en unas horas sin dejar cicatriz). No tuve que preguntarle qué había averiguado. Lo sabía, por su espalda encorvada y por su expresión de severo estoicismo. Me di cuenta de que era pesar y no alegría lo que ocultaba su fría máscara.

—Extírpalos sin más —dije a la ligera, jocosamente.

Él no lo tomó a broma.

—Son también los ovarios, Lanik, y si los extirpo, y extirpo el útero, simplemente volverán a crecer. —Me miró entonces a la cara, con el mismo valor con que un hombre se enfrenta a su enemigo en combate—. Eres regenerador radical, Lanik. No acabará nunca.

Allí estaba. El nombre de aquello en lo que me había convertido. Como mi hermosa prima Velinisik, que se volvió loca y se meó en todos con el pene cuyo crecimiento la había convertido en un monstruo. Regenerador radical. Rad. Yo le había dado la espalda como todo el mundo, no volví ni a pronunciar su nombre. Primero dejó de ser humana.

Después no había sido humana nunca. Luego, no había existido jamás.

Al final de la pubertad, muchos Mueller se estabilizan en su forma adulta y sólo regeneran aquellas partes del organismo que pierden. Pero un reducido número no volvemos a estar bajo control. La adolescencia se prolonga eternamente y crecen al azar distintas partes del organismo. En estos casos, el organismo olvida cuál debe ser su forma natural; se considera una herida sin fin que ha de curarse siempre; un cuerpo en perpetuo desmembramiento que ha de renovar las piezas continuamente.

Era la peor forma de morir, porque no había funeral; perdías la categoría de persona, pero te negaban la de cadáver.

—Dilo, Homarnoch —le dije—, y puedes decir también que he muerto.

—Lo siento. Pero tengo que informar inmediatamente a tu padre —fue todo lo que dijo.

Y se fue.

Volví a mirar el gran espejo de la pared en la que colgaban mis ropas de una percha. Aún tenía los hombros anchos, por las horas, los días y las semanas con la espada, el palo, la lanza y el arco; y más recientemente con los fuelles de la fragua. Aún tenía las caderas delgadas de correr y montar. Y tenía el vientre musculoso, duro, firme y viril. Y luego, ridiculamente blandos e incitantes, los senos...

Cogí el cuchillo del cinturón que colgaba de la pared y me apreté su agudo filo plateado contra el pecho. Me hizo mucho daño..., corté sólo unos centímetros y tuve que parar. Oí un ruido en la puerta. Me volví.

Una muchachita de Cramer, negra, bajó la cabeza para no verme. Recordé que la habían capturado en la última guerra (que había ganado mi padre), así que nos pertenecía para siempre; le hablé amablemente porque era una esclava.

—Está bien, no te preocupes —le dije, pero no se relajó.

—Mi señor Ensel desea ver a su hijo Lanik. Dice que inmediatamente.

—¡Maldita sea! —dije, y se arrodilló para recibir mi cólera. Pero no la golpeé, sólo le rocé la cabeza al acercarme por la ropa; me vestí. No pude evitar ver mi reflejo al salir: mi pecho subiendo y bajando cuando salía a grandes zancadas de la habitación. La pequeña Cramer me dio las gracias en un susurro cuando me iba.

Empecé a bajar las escaleras corriendo hacia los aposentos de padre. Aún no había aprendido a caminar como una mujer, con pasos suaves y contoneando las caderas para evitar choques innecesarios. Después de tres escalones me detuve y me apoyé en la barandilla hasta que el dolor y el miedo remitieron. Cuando me incorporé para seguir bajando más despacio, vi a mi hermano Dinte al pie de la escalera. Sonreía satisfecho; era el ejemplar más perfecto de gilipollas en ciernes que hubiera producido la Familia.

—Veo que te has enterado —le dije, bajando con cuidado.

—¿Puedo sugerirte que te compres un sostén? —propuso suavemente—. Te prestaría uno de Mannoah, pero ella las tiene mucho más pequeñas.

Me llevé la mano al cuchillo y retrocedió unos pasos. Le había cortado los dedos y arrancado los ojos tantas veces en nuestras riñas infantiles que sabía muy bien que no servía de nada. Pero necesitaba sentir el cuchillo en las manos cuando estaba furioso.

—No debes volver a herirme, Lanik —dijo Dinte, aún sonriendo satisfecho—. Yo seré ahora el heredero y el cabeza de familia bastante pronto, y recordaré.

Intenté dar con alguna respuesta. Algo despectivo que le indicara que no podía hacerme nada equiparable a la tortura de lo que había ocurrido, de lo que estaba a punto de ocurrir.

Pero sólo a tu amigo más leal le confiesas ese miedo y ese dolor y tal vez ni siquiera a él. Así que no le dije nada y seguí mi camino hacia los aposentos privados de mi padre. Al pasar a su lado, tarareé con la boca cerrada, como haces para llamar a las prostitutas de Hivvel Street. Pero no le maté.

—Hola, hijo mío —dijo mi padre cuando entré en su habitación.

—Debes decir a tu segundo hijo —contesté— que todavía sé matar.

—Estoy seguro de que querías saludar. Saluda a tu madre.

Seguí la dirección de su mirada y vi a Boñiga, como llamábamos no precisamente con cariño los hijos de la primera mujer de mi padre a la segunda, que había ocupado el lugar de mi madre cuando ella murió de un extraño y súbito ataque al corazón. A mi padre no le había parecido extraño ni súbito, pero a mí sí. El nombre oficial de Boñiga era Ruva; era de Schmidt y había formado parte de un acuerdo global que incluía una alianza, dos fuertes y millón y medio de hectáreas. Se suponía que sería una concubina, pero el azar y la inexplicable pasión de mi padre la habían hecho progresar en el mundo. Nos habíamos visto obligados por la costumbre, la ley y la cólera de mi padre a llamarla madre.

—Hola, madre —dije fríamente. Ella se limitó a dedicarme su amable y dulce sonrisa asesina.

Mi padre no perdió el tiempo en demostrarme ternura y compasión.

—Homarnoch me ha dicho que eres regenerador radical.

—Mataré a quien intente meterme en los corrales —dije—. Incluido tú.

—Algún día tomaré tus declaraciones traicioneras en serio, muchacho, y te estrangularé. Pero al menos ese temor

puedes desecharlo. Jamás meteré a uno de mis hijos en los corrales, aunque sea un rad.

—Ya se ha hecho antes —indiqué—. He estudiado algo de la historia familiar.

—Entonces sabrás lo que va a pasar ahora. Entra, Dinte —dijo mi padre y me volví y vi a mi hermano pequeño que entraba. Entonces perdí el control por primera vez.

—¿Vas a dejar que ese cretino mediocre arruine Mueller, so cabrón, cuando sabes perfectamente que soy el único que podría mantener unido este endeble imperio cuando tengas la delicadeza de morirte? ¡Espero que vivas lo suficiente para verlo desmoronarse! —grité.

Algún día recordaría aquellas palabras con amargura, pero ¿cómo podía saber yo entonces que aquella furibunda maldición se cumpliría?

Mi padre se puso en pie de un salto y se acercó a mí rodeando la mesa a grandes pasos. Esperaba que me diera un golpe y me preparé para recibirlo. Pero me agarró el cuello y sentí el enfermizo temor momentáneo de que fuera a cumplir la amenaza de estrangularme. Entonces me abrió la túnica rasgándola, me apoyó las manos en los senos y me los apretó uno contra el otro brutalmente. Di un grito sofocado de dolor y retrocedí.

—¡Ahora eres débil, Lanik! —me gritó—. Eres blando y femenino y ningún hombre de Mueller te seguiría a ningún sitio.

—A no ser a la cama —añadió Dinte impúdicamente. Padre se volvió y le dio un tortazo en la oreja.

Cuando se volvió me cubrí el pecho con los brazos como una virgen y me di la vuelta quedando de cara a Boñiga. Ella seguía sonriendo y la vi bajar los ojos de mi cara a mi pecho...

¡No son míos!, grité para mí. Ni son míos ni forman parte de mí; y sentí el incontenible deseo de retroceder, de salir de mi cuerpo completamente, de dejarlo allí e irme a

cualquier otro sitio, siendo aún hombre, siendo todavía yo mismo.

—Ponte una capa —ordenó mi padre.

—Sí, mi señor Ensel —susurré, y en vez de salir de mi cuerpo, lo cubrí y sentí el roce del tosco tejido de la capa en los delicados pezones. Me quedé allí de pie y presencié toda la ceremonia en la que mi padre me declaró bastardo y nombró heredero a mi hermano Dinte. Mi hermano parecía alto y rubio, fuerte e inteligente, aunque yo sabía mejor que nadie que su inteligencia era sólo propensión a la astucia; ni la agudeza ni la destreza igualaban su fuerza. Cuando terminó la ceremonia, Dinte se sentó con naturalidad en la silla que me había pertenecido durante años.

Seguí allí de pie ante ambos y mi padre me ordenó jurar lealtad a mi hermano pequeño.

—Prefiero la muerte —dije.

—Esa es la alternativa —dijo padre, y Dinte sonrió.

Juré lealtad eterna a Dinte Mueller, heredero de las posesiones de la familia Mueller, que incluían la hacienda Mueller y las tierras que mi padre había conquistado: Cramer, Helper, Wizer y la isla de Huntington. Hice la promesa solemne porque Dinte deseaba clarísimamente que me negara y muriera. Pero estando yo vivo, no tendría sosiego; me pregunté ociosamente cuántos guardias apostaría en torno a su lecho aquella noche.

Pero yo sabía que no iba a intentar matarle. Eliminarle a él no me pondría en su lugar; sólo supondría una lucha violenta por la sucesión, o algo peor: podría permitir a Ruva reproducir algún retoño repugnante con la mitad de los genes de mi padre para que ocupara su puesto. En cualquier caso, un rad como yo nunca podría gobernar en Mueller. Además, los radicales casi nunca llegaban a los treinta años y no les (nos) estaba permitido cruzarse con los superiores.

Sentí un dolor súbito al comprender lo que significaba aquello para la pobre Saranna. Las mujeres le quitarían al niño y lo matarían. Pasaría de ser la posible futura primera